

GACETA DEL ÁNGEL

GÉRMAN DEHESA

La mudanza



¿Qué es lo que un caballero decente y a la moda debe llevar consigo para su internamiento en acreditado nosocomio?.

Esta pregunta es la que carcome mi espíritu en estas horas absurdas que las altas autoridades médicas me han impuesto por esotéricas razones. Según todas las previsiones, hoy lunes ya tendría que estar entorillado en el afamado hospital y ya tendrían que haberme hecho ese Papanicolau (el primer Papa griego y profeminista de la historia) que me han dejado de hacer en todos los otros hospitales que han tenido la inmerecida dicha de recibirme en sus gabinetes y quirófanos. Pero nada, en esta pachanga mi valor y significación tienden a ser cero. No sé, sospecho, que todos los doctores y autoridades que están inodados en el asunto de mi aneurisma aórtico se han puesto de acuerdo para tornarme el globito a base de órdenes y contraórdenes.

Quiero suponer que ya estamos al final del túnel. No quisiera terminar en algún hospital de Costa Rica con el bigotón Zelaya quien, con ese heroísmo que nos legó Bolívar, en cuanto le menearon el tapete en su natal Honduras, debutó como corredor de gran fondo y no pa-

ró hasta Costa Rica. Y es que yo ya no puedo más con esta incertidumbre tan grande y pavorosa (¡achis, achis!).

Por lo dicho, me aferro a la idea de que el martes a las nueve de la mañana su Charro Negro estará tramitando su ingreso al Instituto Nacional de Cardiología. Si esta vez también me salen con que se ladeó la tamera y que a la niña le dan calambres, renunciaré definitivamente a la intervención y solicitaré que se la hagan a mi hermana que tarde o temprano la necesitará. De eso me encargo yo.

Por cierto, antes de que acuda a mi cita con el destino, quiero recomendarte, lectora lector querido, que leas en el más reciente "Proceso" las 23 razones para no votar que escribió mi hermana del alma Denise Dresser. Se trata obviamente de una respuesta puntual a las 23 razones que hace poco planteó en el periódico "Reforma" José Woldemberg. Lo ideal sería tener a la vista ambos textos y cotejarlos para de ese modo crearnos nuestro propio criterio. Ahí se los encargo mucho, ahora bien, si no quieren leer ninguno de los dos, pues allá ustedes, olvidense del asunto y dedíquense a coleccionar discos de Michael Jackson que a mí ni me va, ni me viene. Como diría mi madre: hagan lo que quieran, nomás no me vengan luego con payasadas.

Estoy en compañía de Fita la Borreguita y estamos tratando de imaginar lo que un caballero de mis altos pergaminos debe usar durante su estancia en una institu-

ción hospitalaria. Aquí me detengo para entonar mi más afinadas alabanzas a Lily I, Reina del Gremio de los Libreros y espíritu compasivo que me obsequió varios libros que me acompañarán en esta aventura.

Me encuentro en lo que llamamos una falsa posición. Estoy aquí, pero no debería estar aquí; es posible que cuando tú leas esto, amado lector, ya esté allá pero pensando en aquí. Josefina Vázquez Mota, mi Viuda de Clicquot, no está nada bien y manifiesta claros síntomas de locura pre-electoral. Yo le envío caudales de cariño junto con mis súplicas de que ya se esté en paz porque, llegado el día de la elección, cada quien hará de su pliego un papalote y votará o dejará de votar de acuerdo con lo que su conciencia ciudadana o falta de ella le dicten.

Me voy encantado a Cardiología. Si mi ingreso hubiera sido hoy lunes no tendría que haberme desmañado para ir a la "evaluación anual" del Bucles que consiste, ante todo, en hablar con sus maestras para que me digan que ese mocoso es igualito a su padre y hace las cosas cuando y como se le da la gana. Hoy se me da la gana internarme ya y proceder como Rosario Castellanos: "Yo iré a dónde se tenga que ir, confiado en la última benevolencia".

**¿QUÉ TAL DURMIÓ?
MDLXXXIII (1583)
MONTIEL.**

Cualquier correspondencia con esta columna de aquí y de allá, favor de dirigirla a dehesagerman@gmail.com (D.R.)

